

AMALIA

¡Lo ve usted? ¡Vamos, déme usted el brazo; sea usted galante! *(Sale el mozo.)*

ROMÁN

¡Buena la hemos hecho!

MAGÍN

¡Dios mío, mi nena muriéndose!

AMALIA

(A José Luis.) Súbete el cuello; vamos. ¡Al agua! ¡Qué horror! ¡Todo encharcado!

MAGÍN

¡Por Dios, don Román, ya que van ustedes al pueblo, avisen ustedes al médico, que venga corriendo! ¡Por Dios; ustedes van más de prisa que yo!

ROMÁN

Descuide usted.

AMALIA

¡Qué noche, amigo mío; qué noche! Me parece que no llegamos. *(Salen.)*

MAGÍN

(Siguiéndolos con la vista.) Esa señora es una loca y don Román tiene la cabeza a pájaros, y no van a acordarse del médico. Iré yo mismo a buscarle. ¡Qué noche! Me echaré mi capotón, y vamos andando. ¿Y si mi nena se muere? ¡Dios mío!, más valía entonces que me cayera un rayo ahora mismo. Voy a verla, voy a verla antes. Ése tiene la culpa... A bien que aquí te tengo y mi nena no se muere por ti... *(Entra en la casa)*, no, mientras yo viva.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA I

MAGÍN saliendo de la casa. Después ROMÁN y el GATEJO

MAGÍN

¡Buen día tenemos! Así podrá salir mi Cristeta a tomar el sol. ¡Qué alegría! ¡Mentira me parece que la voy a ver otra vez sana y contenta! ¡Calle..., el diputadillo y su compinche!...

GATEJO

No lo eche usted en saco roto, ¿eh?

ROMÁN

Descuide usted; se hará lo que se pueda.

GATEJO

¡Vaya! Si ustedes lo pueden todo. Conque no pierda usted la nota, y hasta luego. ¿Se marcha usted hoy?

ROMÁN

Sí.

GATEJO

Pensamos hacerle una manifestación de cariño y de

simpatía, como despedida. Ya se dejará usted ver por aquí alguna vez, aunque no sea más que por la familia.

ROMÁN

Sí..., desde luego.

GATEJO

¡Ea! Voy a disponerlo todo. Creo que han nombrado una Comisión que pasará a complimentarle.

ROMÁN

¡Por Dios, que no se molesten!... Yo estoy satisfecho... (*Aparte. Alto.*) Y hartó de las repetidas pruebas de afecto de...

GATEJO

No hay más que hablar... Cuando se da con una persona como usted, todo parece poco. (*Sale.*)

ROMÁN

¡Buena me ha caído!... La tal notita... ¡Pues no piden nada!... ¿Por qué no me marcharía yo antes?... ¡Maldita nube!... Más de un quebradero de cabeza me hubiera evitado... ¡Hola, hola, valiente veterano! ¿Ha visto usted hoy a Cristeta?

MAGÍN

¡Ya lo creo! Está levantada. Ahora saldrá a tomar un poco el sol.

ROMÁN

¡Buen susto nos ha dado!

MAGÍN

¡Calle usted, calle usted, que la primera noche creí que se nos moría! ¡Qué calentura!

ROMÁN

El médico temió que fuese una tifoidea, y doña Amalia también. La buena señora... ¡Qué noche!... A bien que ya he sabido a quién tengo que agradecerse... ¡Hágase usted el desentendido! ¿Quién dijo al mozo de la diligencia que no me esperaran? ¿Quién partió la rueda del coche, eh?

MAGÍN

¡Señor don Román!...

ROMÁN

No se lo perdonaré nunca... ¿Qué necesidad tenía yo de saber ciertas cosas? Me hubiera marchado tranquilo, sin remordimientos, gozoso con mi triunfo..., con mi acta..., un poco sucia, es verdad...

MAGÍN

Aunque no sea más que de vino.

ROMÁN

Pero no; me detiene usted aquella noche...

MAGÍN

No fuí yo; yo no manejo los rayos y las nubes.

ROMÁN

¡Corriente! Me quedo aquella noche..., veinticinco de mayo, no se me olvidará... Doña Amalia me hace correr medio pueblo, cogida a mi brazo; por fin, la instalo en casa del alcalde... Vuelvo enlodado hasta la rodilla; Cristeta se está muriendo; usted llorando como una criatura. Me quedo a velarla, con usted, aquella noche, y en su delirio me revela...

MAGÍN

¡Eh!... ¿Habló?...

ROMÁN

Sí.

MAGÍN

Entonces ya sabe usted por qué no le dejé marchar aquella noche. Si usted se va, Cristeta se muere; sí, no lo dude usted. Si se ha puesto buena tan pronto, ha sido porque le ha visto a usted a su lado, horas y horas, cariñoso. No hay medicina como la alegría, y no hay alegría como sentirse querido de los que queremos... Perdone usted; pero ¡la quiero tanto!... Si fuera hija o nieta mía, no la querría más. El señorito Esteban, el padre de Cristeta, me quería con delirio; todas sus diabluras me las contaba; ¡más valiente era y más calavera!...; pero ¡qué corazón!... Nunca quiso separarse de mí, aunque yo sé que su esposa, doña Salomé, no me miraba con buenos ojos... Ahora me tolera por respeto a la memoria del muerto. Yo fui quien trajo a Cristeta...; ¡cómo que sabía muy bien dónde estaba!; su padre me lo había referido mil veces... Y si no hubiera sido por ella, ¡Dios mío!... Tan viejo, tan solo y tan inútil..., he servido para quererla cuando nadie la quería... A no ser por mí, no sabría lo que es cariño esa criatura. Yo la he enseñado a rezar, a leer, a echar cuentas, y mil historias y romances, que han sido mi pasión de toda la vida.

ROMÁN

Así le ha llenado usted la cabeza de disparates.

MAGÍN

¡Disparates la historia de Isabel la Católica y la con-

quista de Granada! ¡Disparates la guerra de la Independencia y las hazañas del Cid y de los doce Pares de Francia!...

ROMÁN

No, si usted no tiene la culpa; la culpa es de mi tía, que se obstina en vivir aquí, aislada, y no se ha cuidado nunca de la educación de esa niña. Una chica lista y vivaracha se encuentra aquí fuera de su centro.

MAGÍN

Es verdad...

ROMÁN

A falta de realidades, la imaginación trabaja en fabricarse una vida de sueños, donde todo es mejor y más hermoso. Un alma vulgar pronto se conforma y lo encuentra; pero Cristeta no es un alma vulgar; ha buscado..., y ¿qué había de encontrar en espacio tan reducido?

MAGÍN

Ya ve usted..., Luciano, de quien nunca hizo maldito el caso, aquí entre nosotros, y otros patanes como él.

ROMÁN

¿Y qué hago yo ahora? ¿Cómo desengañarla? ¿Cómo destruir sus ilusiones sin causarle daño?

MAGÍN

¿Desengañarla?...

ROMÁN

¡Ah! Usted desearía mejor otra cosa... Amigo mío, no puede ser. ¿Tengo yo la culpa de que Cristeta me quie-

ra?... ¿Puedo hacer más que sentir compasión?... No se queje usted, porque todavía podía haberle sucedido algo peor.

MAGÍN

¡Cómo!

ROMÁN

Encontrándose con un hombre sin escrúpulos de conciencia.

MAGÍN

Cristeta es honrada.

ROMÁN

¡Bah! ¿Cree usted que si yo hubiera sido un infame...? Después de oír de Cristeta lo que he oído...

MAGÍN

¡Tiene usted razón!... Está muy enamorada...

ROMÁN

Pues es preciso que se desenamore.

MAGÍN

¡De modo...!

ROMÁN

Bastante he hecho con esperar estos días, con grave perjuicio en mis asuntos. Ya está buena, que es lo que me interesaba; yo la hablaré esta tarde..., y veremos... De todos modos, hoy me marcho, y tiempo y ausencia son dos remedios muy poderosos.

MAGÍN

¡Ah!... ¿Por qué no le dejé marchar?

ROMÁN

Eso le decía yo antes. Yo no hubiera sabido nada...

MAGÍN

¡Ah, usted no hubiera sabido nada!... ¡Qué egoísta es usted!

ROMÁN

¡Bah! Un amorcillo de niña, que pasará en cuanto yo me aleje. Yo aconsejaré a la tía que la lleve a Madrid, o la deje en un colegio.

MAGÍN

Eso no. Todo lo que usted quiera; pero quitármela, no.

ROMÁN

En fin, si usted la quiere tanto, usted la consolará.

MAGÍN

¡Ay!..., el cariño de un viejo no basta a llenar un corazón de diez y ocho años.

ESCENA II

DICHOS y AMALIA

AMALIA

¿Sabe usted que he decidido marcharme esta tarde también?

ROMÁN

(*Aparte.*) ¡Adiós! (*Alto.*) ¡Tanto gusto!...

AMALIA

Sí; estoy harta de pueblo; ¡qué gente ésta! No sabe usted lo que murmuran de nosotros desde la noche de la tormenta, porque estuvimos cerca de una hora debajo de aquel cobertizo; me ha comprometido usted.

ROMÁN

¡Señora, si estaba José Luis con nosotros, que ya no es ningún niño!... Y aunque hubiéramos estado solos, ¿cree usted que yo me hubiera atrevido...?

AMALIA

(Aparte.) ¡Grosero!... *(Alto.)* ¡Ya!; pero hay cada lengua... Nada, que no estoy aquí un día más. José Luis ha perdido el estómago, y por poco no se me pone malo como Cristeta. ¡Claro!, ¡está todo el día atracándose de moras y albaricoques!..., y usted tiene la culpa.

MAGÍN

Espere usted... *(Pasando al otro lado, como en el primer acto.)*

AMALIA

Y yo también me encuentro mal. Si viera usted qué cosas siento aquí..., en el..., no; el corazón está más abajo: ¿qué tenemos aquí?

ROMÁN

(Aparte.) Algunas veces, algodón.

AMALIA

Estoy muy delicada; ¡he sufrido tanto!..., Yo creo que me voy a morir muy pronto.

ROMÁN

Aprensión... Tiene usted cara de vivir mucho.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Ya lo creo! Cien años, como las cotorras.

AMALIA

¿Conque se marcha usted hoy?

ROMÁN

Sí, señora; nos vamos juntos.

AMALIA

Ya tendrá usted ganas de volver a Madrid; aquí no le dejan en paz un momento. ¿Me mandará usted papeletas para el Congreso siempre que hable usted?

ROMÁN

¡Por supuesto!

AMALIA

¿Piensa usted hablar mucho?

ROMÁN

Todo lo que pueda.

AMALIA

Eso es: todos los días una preguntita; así se hace carrera. No, usted tiene buenos padrinos... A ver si le vemos ministro...

ROMÁN

¡Oh!...

AMALIA

¿Sabe usted lo que le conviene? Créame usted, casarse con la hija de algún político eminente. (*Román se ríe.*) Hágase usted yerno. ¿Por qué se ríe usted?

ROMÁN

Porque adivina usted los pensamientos.

AMALIA

¿Cómo?... ¡Ah, tunante!...

ROMÁN

Sepa usted que mi acta es acaso el regalo de boda del Ministro.

AMALIA

¿Y es su hija...?

ROMÁN

Sí.

AMALIA

Mi enhorabuena.

ROMÁN

No; todavía no es cosa decidida.

AMALIA

¡Bah!... No es muy bonita, pero es simpática. Bien, amigo mío; hace usted bien: ampárese usted siempre de las faldas; es carrera segura; creo que no necesito citarle ejemplos.

ESCENA III

DICHOS y CRISTETA

AMALIA

¡Oh, Cristeta! ¿Cómo te encuentras?

CRISTETA

Muy bien.

MAGÍN

¿Se te anda la cabeza?

ROMÁN

Siéntate; siéntate aquí, que no da tanto el sol.

AMALIA

¡Ay, chiquilla, tienes muy mala cara! Esto no te prueba; como a mí; esto no puede probar a nadie. Créeme, hija, a ti lo que te conviene es que te lleven a Madrid. Salomé te tiene consumida; ¡ya se ve! : ¡genio más raro!... (*A Román.*) ¿Usted sabe dónde se mete todo el día? Nadie la ve; parece que huye de la gente... Sí, chiquilla, créeme, tú debías irte a un convento, educarte allí perfectamente, y después profesar; sí, hija mía; de otro modo, vas a ser muy desgraciada. Este mundo es muy traidor. Si te quedas soltera, qué situación, y qué aburrimiento sobre todo. Si te casas, los hombres son incapaces; el mejor te da cuatro disgustos al día. Luego, los hijos... ¡ay, los hijos!... Yo tengo uno sólo y estoy sacrificada. Si te quedas viuda, menos mal entonces: es como una se encuentra mejor; pero, de todos modos, créeme, al convento pronto, pronto...

ROMÁN

Como decía Hamlet.

AMALIA

Se lo oí decir muchas veces.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Nada! No les deja.

ROMÁN

Con su permiso, voy a despedirme de mis electores.

AMALIA

Usted lo tiene. Yo también voy a arreglar unas co-
sillas.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Claro! En cuanto él se marcha...

AMALIA

¡Hasta luego! *(Sale.)*

ROMÁN

(A Magín.) Vuelvo en seguida; ha sido por echarla.
Que me espere Cristeta. *(Sale.)*

ESCENA IV

MAGÍN y CRISTETA

MAGÍN

¿Te encuentras bien, bien?

CRISTETA

Perfectamente.

MAGÍN

¡Buen susto nos has dado! Creímos que iba a ser el
tífus o las viruelas.

CRISTETA

¿Viruelas?

MAGÍN

¡Ja, ja!... ¿Te asustas?

CRISTETA

Dime, Magín, ¿tengo mala cara?

MAGÍN

Ven acá; mírate en mis ojos. ¿Te ves?

CRISTETA

Sí; están llenos de lágrimas. *(Abrazándole.)*

MAGÍN

No hagas caso: son de alegría. Te dejo sola un mo-
mento. Volveré pronto.

CRISTETA

¡Ay, no!...

MAGÍN

Tengo que hacer.

CRISTETA

Cuando pensaba pedirte que me dijeras aquel roman-
ce... Yo no me acuerdo... Aquel que me gusta a mí
tanto...

«¿Por qué llora la princesa,
si tesoros a granel
y caricias y venturas
le ofrece su padre el rey?
¿Por qué llora a la ventana?...»

No sé más.

MAGÍN

«Porque a la guerra un donce
se lleva su corazón;
y perdido amor y fe,
así exclama dolorida,
puesto el pensamiento en él:
— Ojos que le vieron ir,
¡si no le vierais volver!»

CRISTETA

¡Ah, ya me acuerdo!... Y luego la princesa se asoma
todas las tardes a la ventana y mira al camino, esperan-
do que vuelva :

«Pero el traidor,
rendido a más dulces lazos,
a Dios y a su patria infiel,
muere de amor por Zulima
y reniega de su fe.»

MAGÍN

Y ya sabes cómo concluye :

«La princesa llora y llora,
puesto el pensamiento en él.»

CRISTETA

«Y ojos que le vieron ir,
nunca le vieron volver.»

MAGÍN

Eso es. Conque..., tengo que hacer...

CRISTETA

No me dejes sola.

MAGÍN

¡Si no te dejo sola! ¡Ja, ja!... Vuelvo pronto. *(Sale.)*

ESCENA V

CRISTETA y después ROMÁN

CRISTETA

«Ojos que le vieron ir,
nunca le verán volver...»

Es particular. Antes leía y oía muchas cosas sin fijar-
me, y ahora se me saltan las lágrimas cuando dicen algo
triste.

ROMÁN

(Entra despacio, acercándose.) ¿Por qué me quieres
tanto, Cristeta?

CRISTETA

¡Ay!... ¿Me ha asustado usted!

ROMÁN

Perdona... *(Pausa.)* ¿Qué he hecho yo para merecer tu
cariño?

CRISTETA

¿Qué dice usted?

ROMÁN

No te asustes; sé que me quieres; sé todo lo que has hecho por mí, todo.

CRISTETA

¡Oh!... ¡No es verdad! ¿Quién se lo ha dicho a usted?

ROMÁN

Tú misma.

CRISTETA

¿Yo?... No. Ha sido Magín.

ROMÁN

¿Luego es verdad?

CRISTETA

¿Qué?

ROMÁN

Que me quieres.

CRISTETA

¡Oh!... (*Confusa.*)

ROMÁN

Cuando crees que Magín ha podido decírmelo, es que él lo sabe también. Es verdad. No era tu cabeza en desvarío lo que hablaba: era tu corazón.

CRISTETA

¿Qué dice usted?

ROMÁN

No ha sido Magín quien me ha revelado tu secreto: has sido tú, tú misma. No te atormentes pensando cómo ha podido ser; voy a decírtelo. La noche que estuviste tan mala, yo volví tarde, rendido, desesperado por tanto contratiempo como había impedido mi marcha. Entré un momento en tu cuarto; te velaban Magín y Fermina. Magín lloraba como uu chiquillo. Fermina luchaba con el sueño. Me acerqué a ti, puse mi mano en tu frente: la fiebre te abrasaba; estabas delirando. Hablabas, hablabas; al pronto no pude comprender lo que decías. Pronunciaste mi nombre; creí que me habías conocido, y te pregunté cómo estabas... Pero no; era que me nombrabas en tu delirio; y hablaste..., hablaste de mí toda la noche, y entonces supe lo que habías hecho por mí aquel día, Cristeta, y por qué no había podido marcharme, y que tú pensabas en mí y me querías mucho.

CRISTETA

¡Qué vergüenza!

ROMÁN

Y era verdad.

CRISTETA

¡No, no!... ¿Usted cree...? Tenía fiebre... Usted lo ha dicho..., deliraba... ¿Cómo pudo usted creer esos disparates? Porque eran disparates, ¡vaya si lo eran!, no lo dude usted. Delirando, ¿quién sabe lo que dice? Ni yo misma me acuerdo...

ROMÁN

¡Oh! ¡No te avergüences de confesarlo! ¿Delirios?... No se delira, como no se sueña, con lo que no se ha pen-

sado nunca. El cuerpo, rendido por la fiebre; era sola tu alma la que hablaba en aquel instante.

CRISTETA

¡Oh, no! ¡Déjeme usted!

ROMÁN

¡Pobre Cristeta! ¿Qué hice yo para merecer tu cariño? Me has visto como tú soñabas. Pierde tus ilusiones; yo no soy el tribuno, el héroe; no soy el corazón noble y recto que te imaginas. ¿Mis discursos? Mentira todo. ¿Alguna limosna? ¡Bah! Votos comprados. ¿Talento? Ya ves qué poco vale talento que ha de arrastrar su dignidad a los pies del Gatejo y de esa gente... Nada valgo, Cristeta; nada valgo.

CRISTETA

No quiera usted hacerse peor. Podrá usted no sentir eso que dice; podrá usted haber comprado sus votos y no tener talento, si usted quiere; pero corazón... Un día se encontró usted a un pobre chico llorando: tendría tres años todo lo más. Se acercó usted a él, le preguntó usted por qué lloraba. Su madre le había mandado a comprar no sé qué cosa, y había perdido el dinero. Usted se echó mano al bolsillo: no llevaba usted nada. «Espérame», dijo usted al chico, y vino usted a casa, que no estaba muy cerca de aquel sitio, y volvió usted a encontrar al chico, y, al despedirle, le dió usted un beso, y nadie lo veía... ni aquel renacuajo tenía voto. Créame usted: interesarse por un chico que llora, darse una caminata, y corriendo casi, como usted se la dió, por enjugar unas lágrimas; después un beso, cuando nadie lo veía, cuando el chico tendrá buen cuidado en callarlo para evitar un regaño de su madre..., diga usted lo que quiera, no se hacen esas cosas sin un poco de

buen corazón. No pretenda usted hacerse peor a mis ojos, que aquel día le vieron muy de lejos. Comprendo que no le importe a usted mi cariño..., así lo creo; pero creo también que usted lo merece..., quiero creerlo.

ROMÁN

Dices bien. Cualquiera diría que estaba muy sobrado de cariño cuando tan pródigo me muestro con el tuyo, que debiera guardar avaro... Nunca, nunca, lo sé, encontraré el amor en mi camino en forma tan pura... No me hagas caso; habla, habla como tú sabes... ¡Necio de mí, que pretendo arrancar tu cariño con reflexiones que no llegan a tu alma! (Pausa.) Cuando me acuerdo de aquella noche!... ¡Con qué insistencia procurabas sincerarte del beso de Luciano!; tanto te importaba que yo supiera que no le querías. ¡Fué por ti!, me decías; ¡fué por un voto para ti!... ¿Por qué entonces me llamabas de tú, y cuando estoy delante no puedo conseguir que dejes el usted?

CRISTETA

¡Qué sé yo!

ROMÁN

Es que entonces me hablabas como tú quisieras hablarme... Sí, cuando se quiere, las frases más expresivas de cariño son las que se piensan a solas, las que nunca oye la persona querida, porque el alma tiene también su pudor. Yo sorprendí la tuya en un momento de abandono, y para mí no tiene secretos. ¡Dichoso yo, si fuera tan egóísta que no me importara hacerte desgraciada!

CRISTETA

¿Ve usted cómo sí tiene buen corazón? Si no lo tuviera usted, no estaría usted aquí ahora. Me oyó usted:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

se hubiera usted hecho el desentendido, se hubiera usted marchado ya, sin importarle que me pusiera buena o me muriera, ni que fuera feliz o desgraciada, y se concluyó todo.

ROMÁN

Ya ves, debía haberme marchado ya, y no he querido sin verte buena otra vez, sin hablarte... Pero no... Había pensado decirte tantas cosas, muy razonables, y ya no sé qué decir ni qué hacer... Has trastornado mis ideas.

CRISTETA

No; hable usted, hable usted...

ROMÁN

Óyeme. Si el mundo fuera este pedazo de tierra; si todo en él fuera juventud, amor y poesía; pero hacerme creer en mi cariño, aceptar el tuyo y hacerme desgraciada, todo sería uno... Sí, Cristeta. Yo vuelvo a Madrid, a empezar una vida de luchas y de ambiciones; a abrirme paso, cueste lo que cueste. No soy rico, y debo ganar mi vida yo solo. Somos cuatro hermanos, mi padre nos dió una carrera a cada uno, y nos ha dicho: «A luchar...» Él no ha podido hacer más por nosotros. Yo he sido siempre el más inquieto. El trabajo rutinario de todos los días sin accidentes ni emociones no me place. Quiero la lucha; ser mucho o no ser nada. La política es mi vocación. He dado con éxito feliz el primer paso. Adelante... No debes tú seguirme; sufrirías mucho a mi lado. Yo no podría quererte como tú me quieres; a cada hora tendría que olvidarme de ti. Volvería a tu lado rendido, quizás a desahogar en ti mis contrariedades. Acabaría por consumirme en aquella fiebre, que no deja tiempo para ser joven, en que el amor es un obstáculo. Ya ves, yo tengo

veintiséis años, y mira cuánta cana... ¡Ah! ¡Si fuera rico! ¡Qué felicidad plantar de una vez mi tienda en el primer oasis que he encontrado, y no aventurarme más en el desierto de una existencia borrascosa, de alzas y bajas, de esperanzas y desalientos!... ¡Vivir para el amor; ser joven una vez en mi vida; educar para mí tu alma pura; vivir para ti solo! ¡No puede ser, no puede ser! Sé muy feliz, Cristeta... ¿Te acordarás siempre de mí? Responde...

CRISTETA

¡Siempre!...

ROMÁN

¿Me escribirás alguna vez? (*Voces dentro de la casa.*) La Comisión de electores... Cristeta..., adiós...

FERMINA

Don Román, ahí están esperándole...

ROMÁN

Voy, voy... (*Entra en la casa.*)

ESCENA VI

CRISTETA

¡Qué vergüenza!... (*Pausa.*) Yo quisiera recordar todo lo que me ha dicho... ¡Que no puede quererme!... ¡Que no me quiere!... Eso ya lo sabía yo. Que va a luchar, que quiere ser mucho y yo sería un obstáculo, un estorbo... Pues, como siempre... ¡Oh!, eso no. ¿No he luchado aquí por él? ¿No he decidido su triunfo?... ¡Pues eso haría siempre: ayudarle, luchar con él!... ¿No había de hacerlo yo, que cuando sueño, sueño que soy Isabel

la Católica o Juana de Arco? ¡Ay, yo debía haberle dicho todo esto...; pero si no me atrevía a mirarle!... Sentía aquí un nudo... ¡Si no sé lo que me pasaba!... ¡Entonces, muda, y ahora se me ocurren tantas cosas!... ¡Dios mío! ¡Queriéndole tanto, dejarme convencer de que no debo quererle!... ¡Que sería muy desgraciada!... ¡Desgraciada con él! Eso me dijo... Y yo, callada como si estuviera convencida de que tenía razón... ¡No, no! ¡Dios mío! ¡Y se va a marchar esta tarde, y ahora para siempre!... ¡Yo necesitaba decirle muchas cosas que se me ocurren ahora; entonces, no se marcharía!... ¡Pero si no me atrevo a decirlas!... ¡Ay, Dios mío! quisiera volver a estar mala, para volver a delirar y decirle sin miedo todo lo que siento.

ESCENA VII

CRISTETA, SALOMÉ y después ROMUALDO

SALOMÉ

¡Romualdo!... ¡Ah! ¿Estás aquí? ¿Cómo te hallas, hija?

CRISTETA

Bien.

SALOMÉ

¿Has visto a Romualdo?

CRISTETA

No.

SALOMÉ

¡Romualdo!... (*Aplausos y voces dentro.*) ¿Acabaremos?... ¡Ahí está tu señor primo, echando un discurso, y los otros brutos, berreando y atracándose que es una bendición!

ROMUALDO

¿Llamaba la señora?

SALOMÉ

Sí, hace rato. ¿Dónde has estado metido todo el día?

ROMUALDO

¡Ay, señora! ¡Usted no sabe el disgusto que tengo!

SALOMÉ

¿Cómo?

ROMUALDO

Que no oiga. (*Por Cristeta.*)

SALOMÉ

¿Qué es ello?

ROMUALDO

Luciano, mi hijo, ¡pásmese usted, señora!, es un pille-te: no se ha examinado, me ha engañado miserablemente.

SALOMÉ

Muy bien empleado. Ya sabes que siempre te dije...

ROMUALDO

Y si fuera eso sólo...

SALOMÉ

¿Pues qué ha hecho?

ROMUALDO

Figúrese usted, que esta mañana se nos presenta en casa una muchacha, no mal parecida, con un chico en

brazos. Era la criada de la casa de huéspedes donde vivía Luciano en Madrid, que venía a reclamarle su palabra, con pruebas harto palpables al canto.

SALOMÉ

¡Qué horror! ¿Y qué habéis hecho?

ROMUALDO

¡Qué se ha de hacer, señora! El chico no quiere estudiar; la muchacha esa le gusta..., y, ya ve usted... Nada; que celebraremos la boda y el bautizo en el mismo día.

SALOMÉ

¡Qué cosas se ven!... ¿Y qué dice Faustina?

ROMUALDO

Está hecha una furia... ¡Claro! Esté usted afanándose para hacerle hombre, gastando lo que no se puede; y lo que yo he trabajado estos días para sacar a don Román adelante y que le diera un destino; ¡todo perdido! (*Por Cristeta.*) Que no se entere, ¡por Dios!, ella que le quería tanto...

SALOMÉ

Lo que es eso, desengáñate, Romualdo, que lo mismo quería Cristeta a Luciano que yo a ti.

ROMUALDO

¿Usted no me quiere, después de treinta años de servicios leales?

SALOMÉ

No me vengas con músicas. Lo que hace falta es que

vayas a despedir a mis parientes, que por fin me dejan en paz. ¡Todo sea por Dios!... Estaba ya...

ROMUALDO

¿Pero dice usted de veras que Cristeta no quería a Luciano?

SALOMÉ

No. Y no te apures, porque no la dejo por heredera universal, que es lo que tú querías. (*Sale.*)

ROMUALDO

¡Vaya con la señora! No está hoy de buenas. (*Aplausos y voces dentro de la casa.*) ¡Hola, hola!, discurso tenemos. (*Se acerca a la casa.*) ¡Oyes, Cristeta! Buen pico, bueno. ¡Pensar que Luciano podía ser como él!... ¡Qué demonio, voy a despedirme! ¿Quién sabe si podrá servirme en otra cosa? (*Entra en la casa. Voces y aplausos.*)

LUCIANO

(*Sale de la casa.*) ¡Hola, Cristeta! ¿Cómo estás? Ya veo que no te mueres de ésta. Cosa mala..., ¿verdad?... Voy a despedir a don Román. (*Entra.*)

CRISTETA

Le acompañarán todos a la diligencia... No le hablaré más...

ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN

¿Qué te ha dicho?

CRISTETA

Nada...

MAGÍN

¿Estás bién?... Eso es lo principal; lo demás... Él te habrá dicho lo que debía, ¿no es verdad? Apuradillo andaba, porque no sabía cómo desengañarte sin causarte pena; pero al fin..., ya veo que estás tranquila. Con su talento..., te habrá hecho reflexiones...

CRISTETA

¡Desengañarme!

MAGÍN

Sí, Cristeta, porque ha tenido compasión de ti.

CRISTETA

¿Compasión nada más?

MAGÍN

Ya lo ves; ni puedes exigirle otra cosa.

CRISTETA

¡Es verdad! ¿Quién soy yo para él? Una salvaje, ignorante, sin educación, como dice doña Amalia. ¡Oh! Yo quiero que me lleven a Madrid, que me eduquen... Yo se lo pediré a la tía. Entonces sí me querrá... Ahora, claro, ¡pobre de mí! ¿Qué papel haría a su lado!... ¿Cómo había de quererme?... A Madrid, Magín; a Madrid, aunque sea con doña Amalia. Voy a pedírselo a la tía...; tú verás...

MAGÍN

¡Cristeta!... Tiemblo por ti... Si no te quiere. Si piensa casarse con la hija de un personaje.

CRISTETA

¿Quién te lo ha dicho?

MAGÍN

Él mismo, hablando aquí con doña Amalia. Se casa por interés nada más. Ya lo ves; no te pongas en su camino, déjale marchar, hazle puente de plata, es enemigo que huye. (*Voces y aplausos.*) ¡Ya vienen!... Ahí le tienes echando discursos. Van a despedirle con música. Óyete, embriagado en su triunfo; seguro estoy de que ya no se acuerda de ti.

CRISTETA

¡Claro está! ¿Qué hará entonces cuando hable en el Congreso y le aplaudan? (*Aplausos.*)

MAGÍN

¡Ya vienen!

CRISTETA

No te separes de mí.

MAGÍN

¡Cristeta!

ESCENA IX

DICHOS, SALOMÉ, AMALIA, JOSÉ LUIS, ROMÁN ROMUALDO, electores.

(*Música fuera. Vivas y aplausos.*)

ROMÁN

En marcha.

AMALIA

José Luis, abrigate bien, que corre aire.

ROMUALDO

Señor don Román, no le digo a usted nada; aquí me tiene usted para lo que me mande.

ROMÁN

Querida tía, mil gracias por todo.

SALOMÉ

Buena suerte, sobrino.

AMALIA

(*A Salomé.*) Adiós, hija. Que vayas a Madrid; no te pudras aquí metida. Adiós, adiós... ¡Son horribles las despedidas!... (*A José Luis.*) No llores, hijo mío... ¡El pobrecito te había tomado tanto cariño!... Eres otra madre para él; no llores, hijo.

JOSÉ LUIS

Si no lloro. Es que se me ha metido una cosa en los ojos.

AMALIA

¡Vamos!... ¡Adiós, Cristeta! (*Se dirige a la puerta. A Román.*) ¿Viene usted?

ROMÁN

(*A Cristeta.*) ¡Adiós, Cristeta! ¿Has pensado bien en lo que te he dicho? ¿No es verdad que tengo razón? Yo no quería que sufieras por mí. Adiós, y acuérdate de mí alguna vez; escríbeme, y no quieras a nadie. ¡Es uno más feliz cuando no quiere! ¡Adiós! ¡En marcha!

ELECTORES

¡Viva!... ¡Viva!...

ROMÁN

(*En la puerta.*) Gracias. Nunca, nunca se borrarán de mi corazón vuestras leales expansiones de afecto. Contad con el mío, lo mismo en los días terribles de la adversidad que en las horas risueñas del triunfo. Yo prometo consagrar toda mi vida a este suelo hospitalario, donde dejo raíces tan hondas. Yo lucharé por hacerme digno de la honra inmerecida que me habéis otorgado. Pero, ¡ahl, si podéis en todo momento, en todo instante, contar con mi ayuda, con mi apoyo..., con los vuestros cuento también, porque de todos necesito, para realizar todos juntos la inmensa obra de la civilización y del progreso.

ELECTORES

¡Bravo! ¡Viva!... (*Música.*)

TODOS

¡Adiós! ¡Buen viaje! (*Todos se dirigen hacia la puerta.*)

CRISTETA

(*A Magín.*) Tienes razón. No me quiere. Ha tenido lástima de mí, nada más. Ahora me escribirá una carta fría, de cumplimento, dándome muchos consejos; pero, ¡qué!, ni me escribirá. (*Aplausos y voces fuera.*) Ya se marcha. ¡Nunca se acordará de mí! ¡Nunca..., nunca!...

MAGÍN

Déjale. Te deja porque es ambicioso, y va a luchar allá, como ha luchado aquí, engañando a los unos, implorando de los otros, comprando y vendiéndose. Quizá